

vez explica las causas por las que el partido moderado se quedó sólo poco antes de la revolución de 1868: «el empeño de mandar dictatorialmente, la obstinación en exasperar y humillar a los partidos caídos, el desprecio a la opinión pública».

En definitiva, la selección de los discursos de Sagasta es ex-

haustiva, la edición ha sido muy cuidada y el estudio introductorio es excelente. Se trata, por tanto, de una obra de obligada consulta para todos aquellos que deseen conocer la historia del liberalismo español.

MIGUEL MARTORELL LINARES

Javier Moreno Luzón (ed.),
Alfonso XIII. Un político en el trono,
Madrid, Marcial Pons, 2003, 470 págs.

Detrás de ese don Alfonso prêt-a-porter y algo tanguero que mira a cámara desde la portada se esconde un singular y muchas veces desconcertante 'Alfonso-Rodríguez', un señor de su casa —España— decidido a no delegar el gobierno en asistentes domésticos —los políticos— y cómodo, por tanto, entre los pucheros propios de sus labores. Para qué dejar que cocinaran otros pudiendo hacerse el guiso él mismo. Semejante predisposición a la acción gubernativa sustrajo a Alfonso XIII de ese espacio un tanto etéreo que la doctrina le ha asignado a la monarquía como poder moderador y le arrojó de bruces a la arena política, hecho que con toda lógica ha rodeado a su figura de crudos detractores y de defensores acérrimos: Para unos fue autoritario y perjurio; para otros, el paradigma de caballero español; héroe o villano.

Javier Moreno Luzón no podía abrir el libro que él mismo edita

sin hacer un repaso a las visiones antagónicas sobre la figura del rey, un don Alfonso capaz de aunar en sí mismo la pluralidad y la unicidad de una cebolla con mil capas y por tanto objeto propicio para el debate académico. Por esa puerta se accede a un segundo análisis: Morgan C. Hall disecciona la construcción política de la imagen de un Alfonso XIII dicharachero, enérgico, imbuido de un cierto mesianismo y bien instalado en el cuerpo a cuerpo de los viajes regios y el consiguiente trato directo con sus súbditos. Y sin embargo, sostiene Hall, los viejos hombres del régimen no supieron aprovechar correctamente esa evocación colectiva para edificar sobre ella una unidad nacional que evitara el inexorable fracaso de la Restauración.

A Mercedes Cabrera le corresponde definir la silueta del rey a la luz de la Constitución de 1876, un texto que le otorgaba al monarca amplias prerrogativas —con-

vocar o disolver Cortes, nombrar ministros— y en el que don Alfonso halló buen acomodo para reinar y, adicionalmente, para intentar gobernar. El soberano se encontró con un escenario propicio: la falta de liderazgo en los dos grandes partidos dinásticos y la convicción cada vez más generalizada de que era necesaria una reforma estructural del régimen le legitimaron de algún modo para intervenir directa y cotidianamente en los sucesivos gobiernos. En lo que toca a los conservadores, asunto estudiado por María Jesús González, la relación de un Alfonso XIII empeñado en emanciparse políticamente y hacer el camino por su cuenta fue en verdad complicada con Antonio Maura, que cuando tomó contacto con el bisoño rey tenía ya 50 años, una amplia experiencia política y cinco hijos mayores que el propio monarca. Con Dato, las cosas no fueron mucho mejor: digamos que don Alfonso ni siquiera le valoraba demasiado. Respecto a los liberales —capítulo de Moreno Luzón—, éstos se mostraron débiles por sus peleas intestinas y por su desraigo respecto a la opinión pública, y al no saber consolidar unos partidos políticos fuertes apoyados en un electorado independiente, delegaron en el rey la iniciativa para hacer efectivo el gran cambio nacional. Ni Moret, persuadido de que no había alternativa mejor a la monarquía; ni Canalejas, defensor de nacionalizar la monarquía en un sentido democrático; ni más tarde

Romanones, figura que el editor del libro ha estudiado a fondo, consiguieron ‘docilizar’ a un rey con ánimo de político al que la decadencia de la Restauración animaba aún más a intervenir en el gobierno de la nación.

De analizar la Corte se encarga Pedro Carlos González Cuevas, quien dibuja una transición de la hierática rigidez de los tiempos de María Cristina a los gustos más modernos de su hijo, casado con una princesa británica que marcaba tendencias de moda y aficionado al deporte y a la velocidad de los automóviles. Eso no impidió que Alfonso XIII fuera un aristócrata al uso, seducido por los signos de distinción social y cúspide de un ámbito exclusivo —Palacio— que González Cuevas bien observa como un gran teatro. Qué mejor prueba de ello que las tradicionales y concurridas celebraciones palatinas de la Semana Santa, que alcanzaban el paroxismo cuando el rey la reina lavaban los pies y servían la comida a veinticinco pobres rigurosamente seleccionados. Pero donde Alfonso XIII se sentía en verdad cómodo era dentro de su uniforme militar. Carolyn P. Boyd traza la imagen de un rey-soldado que entiende el Ejército como salvaguarda del Estado y sujeto de las virtudes patrias, y muestra con relato ameno cómo el apoyo del monarca a los militares frente a los políticos en momentos decisivos socavó la autoridad civil y alentó el pretorianismo que culminó en el golpe de Estado de 1923, precisamente

por apoyar la predisposición del Ejército español a intervenir en política para atajar los males de una sociedad civil débil. Marruecos tuvo mucho que ver en ello. El militarismo del rey se trasladó a la política exterior —analizada en el libro por Antonio Niño— en el importante momento en que Francia y Gran Bretaña limaron su proverbial enemistad para repartirse el Norte de África y sancionaron la ocupación por España de una parte del territorio marroquí. Por ahí vinieron para don Alfonso los disgustos de la Semana Trágica y del desastre de Annual, que mermaron su popularidad dentro y fuera del país, al igual que lo hizo su ligereza diplomática en los tratos con otros dirigentes europeos.

Del catolicismo del rey se ocupa Julio de la Cueva, buen conocedor de las tensiones vertebrales entre clericales y anticlericales españoles. Alfonso XIII mostró también en este ámbito su capacidad de dar bandazos de un lugar a otro y de exhibir actos contradictorios en cortos espacios de tiempo, alardeando de católico y liberal al mismo tiempo. Esa dualidad le llevó de las chanzas anticlericales privadas y de su sincero aprecio por José Canalejas, promotor de la controvertida Ley del Candado, a la mismísima consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús, en 1919, signo de que el monarca había optado por abrazarse al tradicional clericalismo de orden como vacuna ante el fantasma revolucionario que por entonces recorría Europa. Con los

intelectuales ocurrió algo semejante. Santos Juliá estructura su capítulo desde la ilusión regeneradora que el rey extendió entre la intelectualidad en torno a 1913, a la decepción tras la decisión regia de cerrar la crisis de 1917 situando en el poder a García Prieto, primero, y luego a Romanones, sendos símbolos de la vieja política del régimen y, por tanto, garantes de que la posibilidad de modernización se esfumaba. El corolario lo puso Ortega en 1930 con el célebre *delenda est Monarchia*, consecuencia natural de la continuidad en España de viejos modos e instituciones que ya habían caído tras la Gran Guerra en otros países europeos más adelantados.

Y quedan los años de dictadura. José Luis Gómez-Navarro presta atención a la convicción de don Alfonso, en los momentos previos al golpe de Miguel Primo de Rivera, de que la Corona era intérprete de la voluntad popular; subraya el papel decisivo del rey en el propio golpe, y repasa las distintas etapas en la relación entre el monarca y Primo. El entusiasta apoyo inicial de Alfonso XIII fue languideciendo hasta sentir la necesidad de desembarazarse del dictador y recuperar así su alto poder político, pero para cuando ese desembarazo se produjo, el rey estaba doblemente huérfano: En 1930, carecía del sostén de los viejos políticos dinásticos y del apoyo influyente de un Ejército que ahora se mostraba dividido e incapaz. No había arreglado nada las cosas la traición a la

Constitución que don Alfonso consumara en los albores de la dictadura. Miguel Martorell se fija en el desaire que eso supuso a las Cámaras democráticas, representadas entonces por Melquiades Álvarez y Romanones, y en la subsiguiente dilación para convocar nuevas Cortes. Analiza además Martorell Linares el «desconcierto» en que don Alfonso mueve sus fichas políticas mientras Primo de Rivera se mantiene en el poder, y cómo la irrupción republicana de abril de 1931 hace saltar en pedazos el exceso de confianza de los hombres del régimen, cuya fe monárquica se había ido minando a base de contemplar a un rey que se había permitido prescindir de sus Cortes ante la iniciativa golpista de un militar autoritario. Fue el principio del fin. En el último capítulo, Eduardo González Calleja recrea la semblanza algo patética de un monarca sin reino, exiliado, en tortuosos trámites de separación matrimonial, sin peso

político alguno, desposeído de sus dignidades y patrimonio y obcecado en no abdicar. Tan sólo dio ese paso en vísperas de su muerte, hastiado ante sus nulas posibilidades de reinar en la nueva dictadura de Franco, cuya sublevación y posterior victoria había saludado el ex rey con entusiasmo militante.

De principio a fin, los trece capítulos de *Alfonso XIII. Un político en el trono* son trece grandes razones para revisar la figura de un rey singular y decisivo en la suerte política que corrió España en el primer tercio del siglo xx. La talla de los autores y la liviandad y rigor de sus respectivas plumas, sumadas a la reproducción de fotografías inéditas, hacen del libro una crónica muy recomendable —tal vez definitiva, asegura Juan Pablo Fusi— de más de tres décadas de historia política española.

ENRIQUE FAES DÍAZ

Carlos Gil Andrés,
La República en la plaza. Los sucesos de Arnedo de 1932,
Arnedo, Ediciones Instituto de Estudios Riojanos, 2002, 329 págs.

Doctor en Historia por la Universidad de Zaragoza, investigador agregado del Instituto de Estudios Riojanos y profesor de enseñanza secundaria, de Carlos Gil Andrés ya conocíamos dos obras anteriores centradas en el estudio de la conflictividad social en el período que discurre entre finales del siglo xix y la Gue-

rra Civil de 1936: *Protesta popular y orden social en La Rioja de fin de siglo, 1890-1905* (1995) y *Echarse a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)* (2000). Como experto en el análisis político y cultural de los movimientos sociales y buen conocedor de la sociología histórica, Carlos Gil